

JULIE DE LESPINASSE

LA COMPAÑERA FILÓSOFA

HIJA NO RECONOCIDA

Julie de Lespinasse fue el gran amor de D'Alembert. También era hija natural no reconocida, en su caso de la condesa de Albon y del hermano de la marquesa de Deffand. Como D'Alembert, Julie recibió una esmerada formación y demostró un considerable talento personal.

Ello le permitirá convertirse primero en dama de compañía de la marquesa de Deffand y, luego, en su favorita y principal animadora del famoso salón de Deffand, quien prácticamente había perdido la vista. En este salón Julie conocerá a D'Alembert, pues en él se había convertido en una celebridad mundana (al parecer en parte por sus dotes cortesanas de imitador y narrador).

A pesar o precisamente por haber sido la mentora de ambos, cuando la marquesa de Deffand vio que entre sus dos principales descubrimientos y factores de atracción de su salón –Julie y D'Alembert– nacía algo mucho más fuerte que la amistad, reaccionó muy celosamente. Julie tuvo que abandonar la mansión y el salón de Deffand, pero consiguió abrir el suyo, que será el famoso salón de Julie de Lespinasse.

EL SALÓN DE LESPINASSE

Pronto el salón de Lespinasse superó al de su antigua mentora y muchos otros de gran fama, como el de madame Geoffrin o el de la madre natural de D'Alembert, madame de Tencin. Se convirtió en el de mayor nivel intelectual,

el más filosófico, el más libre o tolerante y el de mayor intervención femenina.

Era el salón donde menos se condicionaba o limitaba los temas a debatir y, además, se caracterizaba porque la anfitriona no se dedicaba a administrar hábilmente la sociabilidad, sino que intervenía –de manera apasionada– en el debate dando su opinión y argumentos. Se solía decir significativamente que la gente acudía al primer día al salón de Lespinasse por D'Alembert, pero que persistían en visitarlo y devenían habituales por Julie.

En todo caso, el salón de Lespinasse se ganó un merecido prestigio atrayendo la atención de los extranjeros que visitaban París, los cuales coincidían en destacar la personalidad y enorme talento de Julie. Ciertamente también «reinaba» en él D'Alembert, que tiene una exitosa y sorprendente faceta mundana que choca con su ascetismo y tendencia a Diógenes, pero que le permitió granjearse poderosos amigos, como el emperador prusiano Federico II.

Pues la misma biografía de D'Alembert y su ascenso académico, así como su labor de incorporación de la Ilustración y el enciclopedismo a las academias y la cultura oficial, están claramente vinculados también a los salones como centro de promoción cultural.

Es muy significativo e informativo de la dinámica político-cultural, pero también mundana y «alimenticia» que rodeaba los salones parisinos de la época, atender a dos tipos de factores. Por una parte, según cuentan crónicas



RETRATO DE JULIE DE LESPINASSE, en la época en que era anfitriona de uno de los salones más brillantes de París, el de mayor nivel intelectual. Gracias a su excelente formación y a su talento personal, la presencia de la que sería el gran amor de D'Alembert en las veladas no era meramente figurativa, sino que intervenía en todos los debates expresando sus opiniones, lo que le valió los elogios unánimes de sus coetáneos. ♦

generalmente muy bien informadas, D'Alembert debió al apoyo de la marquesa de Deffand y de todo su salón gran parte de su elección en 1754 como miembro de la *Académie française*. Mucho más adelante, también el salón de Lespinasse se convertirá –destaca el estudioso Michel Paty– en el centro logístico que concentraba y administraba las infinitas tácticas, argumentaciones, alianzas, movimientos estratégicos e, incluso, confabulaciones que D'Alembert y su grupo de filósofos llevarán a cabo para dirigir la penetración de las nuevas ideas ilustradas y de sus defensores en las grandes academias científicas o literarias de la monarquía.

Frente a esa alta política científico-cultural también hay que tener en cuenta que los salones eran algo más trivial, jocoso y de aprovechados si atendemos a lo que se dice en el escrito de Diderot *El sobrino de Rameau*. Este personaje, tiene por «primera ocupación, cuando se levanta por la mañana, averiguar dónde comerá; después de comer, medita dónde irá a cenar», y para ello confía en las invitaciones a los salones, en los cuales actúa como una especie de bufón. Plenamente consciente de ello y de las reglas que debe respetar para ser bien recibido, el «sobrino» admite: «Cuando te amargas, amargas a los demás. Eso no va conmigo, o con mis protectores. Yo tengo que ser alegre, flexible, agradable, gracioso, raro. La virtud inspira respeto, y el respeto no es divertido».

Con un cinismo muy sorprendente en aquella época el «sobrino» confiesa: «Que el diablo me lleve si llego a saber quién soy. En general, tengo una mente tan redonda como una pelota y un carácter tan recto como un

sauce: jamás falso, si tengo el más mínimo interés en ser verdadero; nunca verdadero, si tengo el más mínimo interés de ser falso [...] nunca he reflexionado en mi vida, antes de decir algo, ni al decirlo, ni después de haberlo dicho». Ahora bien, Diderot no puede condenar totalmente a ese cínico vividor de los salones, pues el filósofo descubre admirado que el sobrino –sin pretenderlo– «sacude, agita; provoca la alabanza o la condena; hace surgir la verdad; permite conocer al hombre de bien; desenmascara al rufián; en tales ocasiones quien tiene sentido común escucha, y acrecienta su conocimiento de la gente».

También es muy significativo de esta vertiente «alimenticia» de los salones, del que claramente se desmarcó el de Lespinasse, el siguiente texto publicado en la *Correspondance littéraire* de 1770: «Julie de Lespinasse hace saber que su fortuna no le permite ofrecer ni almuerzo ni cena, y que no encuentra ningún placer en recibir en su salón a los hermanos [filósofos] que quieran visitarlo para digerir. La iglesia [filosófica] me ordena comunicarle que continuará visitándola, pues cuando se tiene tanto espíritu y mérito, se puede obviar la hermosura y la fortuna». Evidentemente, este último texto dice mucho también de Julie de Lespinasse pues unánimemente se destaca su talento, carácter e inteligencia por encima de su riqueza, sus títulos e incluso su belleza.

Al parecer, pese a que era bien parecida, Julie tampoco era ninguna beldad según los cánones de la época, especialmente después de que una viruela le dejara marcas en la piel. Por tanto, no fue éste el factor clave del éxito

del salón de Lespinasse, así como tampoco los agasajos y festines. Se trató de un salón centrado en las ideas, en la discusión filosófica, en el debate libre... En él, la mujer Julie jugó un papel clave, no porque las reglas de la convivencialidad en los «salones de las mansiones» otorgaban un papel decisivo a la mujer, sino en tanto que filósofa.

ELOGIOS UNÁNIMES

Los elogios de sus coetáneos son unánimes con Julie, aunque todos resaltan que su inteligencia y buen hacer social iban acompañados de una vivacidad y espontaneidad muy raras en aquellos ambientes.

Madame de Deffand define a la muy personal y llena de carácter Julie como un «gato salvaje», describiéndola de la siguiente manera: «No exige nada a sus amigos; prefiere otorgarles sus atenciones que recibirlos. [...] [Julie] generaba su libertad [...]. Toda mortificación, toda sujeción, fueran del tipo que fueran, le eran insoportables». Por su parte en sus *Memorias*, Marmontel la describe como una «sorprendente mezcla de decoro, de razón, de sabiduría, con la cabeza más viva, el alma más ardiente, la imaginación más inflamable que haya existido después de Safo».

LA ENFERMEDAD DE D'ALEMBERT

Cuando en 1765, D'Alembert cayó gravemente enfermo y finalmente accedió a abandonar la humilde y no demasiado salubre casa de su madre adoptiva, pasó a vivir primero en la cercanía del domicilio de Julie y luego bajo el mismo techo (pero sin casarse nunca). Sin ninguna duda,

D'Alembert consideró en todo momento a Julie de Lespinasse como su amor y compañera de toda la vida. Al parecer tal pasión no fue siempre recíproca, pues aunque vivirán en una relación prácticamente conyugal y Julie le respetará a toda prueba y le cuidará amorosamente en todo momento, también es cierto que parece optar por una cierta versión del amor libre y mantiene secretas relaciones amorosas con otros hombres.

Además de su persistente voluntad de independencia y su profunda desconfianza ante la aristocracia (generada por el abandono materno), parece claro que las sorprendentes negativas de D'Alembert a las magníficas y jugosas ofertas de Federico II (dirección de la Academia de Berlín) y de Catalina la Grande (dirección de la educación de su heredero) tienen que ver también con no querer alejarse de Julie de Lespinasse, pues claramente no era el tipo de mujer que le seguiría abnegada y discretamente a cualquier lugar (ni D'Alembert ni nadie podía engañarse sobre ello).

LA MUERTE DE JULIE

D'Alembert y Julie convivieron hasta la muerte de ella en 1776. Él sufrió profundamente su pérdida y no cambió su devoción por ella, ni incluso cuando descubrió sus cartas amorosas con otros hombres (entre ellos las del español marqués de Mora). De hecho, la pérdida de Julie fue lo que arrancó al rígido D'Alembert (según se ve en cartas y poemas) sus muestras más sentidas, emotivas y líricas de toda su vida. En los casi seis años que D'Alembert sobrevive a Julie se confiesa habitualmente dominado por la añoranza y la melancolía. / G.M.

LA MARQUESA DE TENCIN

LA MADRE NATURAL DE D'ALEMBERT

La entonces famosa marquesa de Tencin fue la madre natural de D'Alembert, que le abandonó al nacer y no quiso saber de él hasta que fue famoso, momento en que D'Alembert se negó rotundamente a mantener el más mínimo contacto. Su padre natural, el general de artillería Destouches, fue un poco más responsable y sufragó los gastos de D'Alembert, al que legó una renta anual al morir a los nueve años de éste.

D'Alembert fue adoptado por la humilde viuda de un vidriero, madame Rousseau, que nada tiene que ver con el filósofo. Gracias a la renta paterna, pudo estudiar D'Alembert en un famoso colegio jansenista (que exigía unos mínimos títulos de nobleza en la admisión), y luego derecho y medicina en la universidad. Pero pronto decidió centrarse en el estudio de las matemáticas. Si de alguna manera D'Alembert pudo finalmente reconciliarse aunque fuera en espíritu con su padre, evidentemente no lo hizo en absoluto con respecto a su madre natural. Y ello debió serle especialmente doloroso, pues se trataba de una marquesa muy famosa, dueña de un concurrido salón en París desde 1748 y escritora de éxito.

EL SALÓN DE MADAME TENCIN

Entre las novelas celebradas multitudinariamente de madame Tencin hay que mencionar *Memo-*

rias del conde de Comminges (1735) y sobre todo *Las desgracias del amor*, de 1747. Además madame Tencin creó uno de los más célebres salones literarios de París, al que asistieron sistemáticamente los intelectuales más destacados, con los que inevitablemente D'Alembert coincidió a lo largo de su vida, por ejemplo Montesquieu, Marivaux, Fontenelle, Turgot, Voltaire o Diderot.

Pese a ser la hermana de un famoso cardenal, madame Tencin era también muy conocida por su precoz trayectoria disoluta. A la más tierna edad había sido destinada a la solitaria vida de monja, pero pronto decidió romper sus juveniles votos de retiro, castidad y obediencia y seguir una vida galante con amantes tan famosos como el mismo regente de Francia, Felipe de Orleans.

Sin duda, D'Alembert tuvo en la persistente imagen pública de su madre natural un doloroso referente negativo. El matemático manifestaba un fuerte carácter ascético, predilección por clásicos como Tácito y su formación estuvo influida por el jansenismo y Malebranche. Por otra parte, su personalidad era vulnerable a las críticas y era conocida su airada reacción siempre que se sentía atacado o menospreciado. Significativamente y a pesar de sus limitadas condiciones de comodidad y aun salubridad, D'Alembert conservó—para sorpresa de amigos y conocidos—la casa de su madre adoptiva como su residencia habitual hasta su grave enfermedad de 1764. / G.M.